

Discurso de recepción del Dr. Francisco Plaza Izquierdo a la Academia Nacional de Medicina

(21 de noviembre de 1991)

Señoras y Señores:

Intensamente emocionado me encuentro en la tribuna de este augusto Paraninfo adornado con tantas figuras importantes como la del Padre de la Patria y del Santo filósofo de Aquino y confortado con la mirada amiga de ustedes que han venido a acompañarme a mi acto de recepción al Sillon V de la Academia Nacional de Medicina.

A esta emoción se une el inmenso regocijo de ver aquí a mis queridos familiares, entre ellos a mi amada esposa Flor y a mis ocho hijos, el mayor Francisco ha seguido mis pasos en esta noble y reponsable carrera de medicina. Viene también a mi mente el recuerdo de mis progenitores, Alberto y Carmen, familiares y amigos, quienes desde la inmensa lejanía de este mundo me acompañan en este acto.

No son las falsas deidades Icke y Fortuna las que colocan hoy sobre mis sienes los laureles del trinfo, sino la voluntad de Dios único todopoderoso que dispone todo lo que sucede en el universo.

La alta posición que se me concede le han acordado mis distinguidos colegas académicos quienes a través de la Comisión de Credenciales y por decisión, consideraron mis modestas actuaciones suficientes para otorgarme la buena pro; muchas gracias por tanta benevolencia; tengo especial reconocimiento para quienes me impulsaron para obtener este galardón tan preciado, ese aliento inicial tan necesario para arrancar, no me arriesgo a nombrarlos porque son muchos y temo olvidar a algunos, cosa que sería para mí muy doloroso, pero hay tres personas cuyos nombres figuraron públicamente para apadrinar mi candidatura, ellos son los doctores: Abel Mejía Sifuentes: ginecólogo y humanista, Otto Paz: oncólogo radioterapeuta y Humberto Campins: micólogo; notables profesionales de larga y pulcra trayectoria, a ellos doy en este momento mis más sinceras palabras de reconocimiento por la eficaz asistencia que me han hecho.

“Venturoso aquel a quien el cielo dió un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecersele

a otro”, tal afirmación la hace el gran Miguel de Cervantes, pero yo no soy de esos venturosos, por eso éste es el mejor momento para agradecer también a todos los que me han ayudado a conseguir ese pedazo de pan.

De quienes aprendí algo soy gran deudor, de mis primeros maestros los Martínez Centeno y de los reverendos hermanos cristianos La Salle, en especial de: Francisco, Gastón, Basilio y Paulino.

Mis preceptores maestros del arte médico fueron cuarenta, a quienes he venerado como a santos de mi devoción, entre ellos figura un recordado familiar, mi tío José Izquierdo; actualmente sobreviven solamente seis, ellos son: José Antonio O’Daly, Jorge González Celis, Luis Rodríguez Santana, José Trinidad Rojas Contreras, Federico Milá de la Roca y David Iriarte, reciban ellos mis testimonios de respeto y admiración.

A mis compañeros de estudios médicos de la “Promoción 1940” les profeso gran afecto, de 111 han desaparecido 58, uno de ellos César Rodríguez perteneció a esta Corporación; actualmente hay siete académicos más, ellos son: Luis Henrique Rodríguez Díaz, Marcel Granier Doyeaux, Julián Morales Rocha, Alfredo González Navas, José Jacinto Gutiérrez Alfaro, José León García Díaz, Fernando Huncal y Eduardo Carbonell.

Con quienes he convivido me unen estrechos lazos de amistad, en las cátedras de Anatomía, Técnica Quirúrgica; en las sociedades médicas especialmente en las de Cirugía y de Historia de la Medicina, en las comisiones universitarias y en la Fundación de la Facultad de Medicina, a todas las personas que forman parte de esas entidades las tengo presente en este momento.

Tres eminentes académicos me han precedido en este Sillón V. El primero fue el Dr. Rafael Medina Jiménez, uno de los fundadores de esta Institución que fue decretada el 11 de abril de 1904, era un personaje de múltiples actividades, desempeñó importantes funciones sanitarias y fue el precursor

de la docencia psiquiátrica en nuestro país. No lo conocí personalmente, pero por lo que he investigado fue uno de los hombres más dignos que ha tenido la Academia, de una integridad a toda prueba, defensor de la justicia y la verdad con valor, sin importarle las consecuencias que esto pudiera acarrearle.

En 1925 sucede al Dr. Medina, el Dr. Jesús María Romero Sierra, hombre toda bondad y humildad a quien concí ampliamente en los hospitales “Obrero” y “Bolivariano” de Caracas, en donde tuve la oportunidad de ayudarle varias intervenciones ginecológicas; acucioso investigador descubrió en Venezuela (1918) el Distoma hepático; docente dedicado, regentó cinco cátedras universitarias las cuales dictaba con claridad de lenguaje y firmeza de criterio.

El 27 de octubre de 1955 ocupa este Sillón, mi antecesor inmediato, el Dr. Oscar Beaujón Graterol, notable colega a quien me unieron lazos fraternales de amistad, estrechados aún más durante el último año de su existencia debido al trabajo que realizamos conjuntamente para componer una de las partes del tercer tomo de la Biografía del Hospital Vargas de Caracas, cuyos dos primeros volúmenes los había escrito él. Su cuna fue la ciudad de Coro, el 8 de septiembre de 1914, sus progenitores: el altruista galeno Dr. José Dolores Beaujón y la honorable matrona doña Clara Aurora Graterol. Fue el primogénito de siete hermanos, cuatro varones y tres hembras, quien pronto se destacaría en el Liceo Espelozín de su ciudad natal por su inteligencia precoz y afán de aprender; en Caracas terminó sus estudios de bachillerato.

La primera vez que vi a Oscar Beaujón fue en el Hospital de Caracas, ambos éramos bachilleres, él interno y yo externo; eso sucedió en septiembre de 1936, me di cuenta de que era una persona de afables facciones que inspiraba amistad, de mediana estatura, blanco trigüeño y de apariencia muy pulcra. A pesar de que en aquella época los Internos eras personas muy importantes, Beaujón nunca guardó distancia entre nosotros los Externos, él fue nuestro guía, constante compañero y amigo en todos los aspectos de la vida intra y extrauniversitaria.

Nuestro Interno culminó su carrera médica en 1938, en la Promoción que lleva el nombre del Hospital Vargas. Su afición por la Oftalmología se puso ya de manifiesto con su interesante Tesis Doctoral titulada: “La extracción intracapsular de la catarata en el Hospital Vargas”.

En 1942 contrajo matrimonio con la distinguida

dama doña Ana Mercedes Rubín, quien le dió dos hijos: Aurora y Oscar, igualmente notable oftalmólogo como su padre.

Conocí muy a fondo a Beaujón, pues además del Vargas, fuimos compañeros de trabajo en los hospitales Obrero y Bolivariano y en la cátedra de Anatomía de la Universidad Central; en este trajinar diario me di cuenta de lo trabajador, inteligente e instruido que era.

En todas partes, especialmente en las reuniones sociales, su chispa brotaba siempre exuberante por encima de la totalidad de la concurrencia con el chiste oportuno o el comentario adecuado.

Es muy difícil alcanzar la importancia que este compatriota obtuvo tanto en Venezuela como en el exterior en todas las ramas del saber, yo no puedo emularlo porque esto es un imposible, pero asumo el deber de seguir trabajando intensamente para hacerme digno del Sillón que en esta Academia ocupó tan brillantemente.

Ejerció la cirugía general con eficacia, pero casi toda su actividad la dedicó a la Oftalmología en la cual se formó bajo el ala de su célebre maestro y coterráneo, Dr. Jesús Rhode.

Como docente fue profesor de Anatomía en las Facultades de Medicina y de Odontología de la U.C.V., en esta última ascendió a Profesor Titular y apadrinó a la Promoción de 1963. La Universidad Nacional Francisco de Miranda lo nombró Profesor Honorario. Dirigió ocho tesis doctorales.

En el Colegio de Médicos del Distrito Federal fue: Subsecretario, Secretario y Tesorero. En la Federación Médica Venezolana, desempeñó todos los cargos de importancia, incluidos los de Secretario y Presidente.

Dos academias nacionales lo acogieron en su seno como numerario: en la de Historia fue Vice-Director y en la de Medicina, Presidente; perteneció también como correspondiente a la Academia de Medicina del Zulia.

Ocho sociedades científicas venezolanas lo admitieron, entre ellas las de Cirugía y Oftalmología. En el terreno humanista muchas instituciones lo recibieron, las más importantes fueron: la de Historia de la Medicina (Presidente y Emérito), la de Escritores (Vocal), la Bolivariana y el Consejo Directivo de la Casa de Bello.

Ejerció eficientemente cargos directivos en el Hospital Vargas, Junta de Beneficencia Pública del

Distrito Federal y en la Clínica Luis Razetti, cuya Sociedad Médica lleva su nombre.

Cuando viajó por el exterior no fue especialmente para conocer sitios turísticos y alegres, sino más bien para visitar lugares de valía y así estrechar lazos científicos con nuestra patria; esto le llevó a formar parte de importantes instituciones, como Instituto Barraquer de Barcelona, Colegio Americano de Cirujanos, y de las Sociedades: Panamericana de Oftalmología, e Internacional de Cirugía. España le nombró correspondiente de la Real Academia de la Historia. La mayoría de las naciones latinoamericanas, especialmente las del sur, lo designaron: 1) en Historia: México, Guatemala, Bolivia, Argentina, Paraguay y Brasil. 2) en Medicina y Ciencias: Argentina (Buenos Aires y Córdoba), Perú y Colombia (Honorario).

Escritor de pluma fácil y poética nos deja colaboración en 13 periódicos o revistas médicas que suman un total de 456 artículos o trabajos, 11 textos prologados y 8 libros de importancia, entre ellos: "Biografía del Hospital Vargas".

Es lógico que a un personaje de tal talla, le fueran encomendadas delicadas misiones de los organismos gubernamentales y gremiales en el país y en el exterior le concedieran los más altos honores que se puedan recibir; en Guatemala fue declarado "Huésped de Honor" y en su pecho podía lucir 13 condecoraciones nacionales, entre ellas la de "Gran Oficial" de la Orden del Libertador.

Deja una nutrida e importante biblioteca de miles de volúmenes, testimonio de su constante deseo de aprender, aun cuando su organismo se resentía por una cruel enfermedad en los últimos años de su fructífera existencia.

Con motivo de su desaparición física acaecida en Caracas el 27 de julio de 1990, escribí en uno de los boletines del Instituto Nacional de Oftalmología: "Cuando fallece una persona importante se dice que la patria ha perdido un valor irreparable, ¿qué decir del Dr. Oscar Beaujón?; yo creo que algo más que la patria ha sufrido esta gran pérdida; ha sido también del mundo de la ciencia y del humanismo".

Distinguidos académicos, distinguida concurrencia:

Hace una semana cumplí con el requisito legal para mi incorporación con la presentación de un trabajo titulado: "La investigación quirúrgica en animales. Consideraciones y aportes", el cual fue juzgado favorablemente por el académico doctor

Pedro Manrique Lander, discípulo aventajado que me honra y a quien manifiesto mi profundo agradecimiento. Hoy voy a cumplir con el otro requisito de mi Academia cual es el de pronunciar un discurso sobre alguna materia de nuestra experiencia, por eso voy a tratar ahora algo vivido intensamente por mí referente a: "Los sucesos relevantes de la cirugía venezolana en los últimos cincuenta años"; voy a pasarles el corto de una película de largo metraje de la cual he sido uno de sus protagonistas; para esto, permitidme mirar hacia atrás para recordar que ese filme comenzó el 31 de julio de 1940 cuando el Rector Magnífico de la Universidad Central de Venezuela, Dr. Antonio José Castillo, en este mismo agosto salón, me armó caballero de la legión de Asclepios, doctorado en ciencias médicas para ejercer su arte, pero sin la coraza, el yelmo y la espada adecuada para actuar con eficiencia; egresábamos sin formación de postgrado, con conocimientos muy sólidos, teóricos, de acuerdo a esa magnífica escuela francesa que nos influyó durante casi un siglo, las materias básicas las recibíamos en esta misma casona franciscana, hoy Palacio de las Academias y luego la parte clínica la obteníamos en ese ya centenario Hospital Vargas. Allí no solamente aprendimos ciencia, vivimos también como se emulaban nuestros profesores ante los ojos inquisidores que los observaban, pues es sólo en los hospitales en donde es obligatorio analizar los fracasos al igual que los éxitos, de acuerdo al criterio del gran Razetti quien afirmaba que el "error comprendido enseña más que el éxito aplaudido".

Salíamos cabizbajos de la ceremonia de nuestra graduación, con un diploma doblado colocado debajo del brazo, pero sin saber qué hacer; algunos privilegiados conseguían cobijarse bajo el ala bienhechora de un cirujano ya formado, para obtener así una dádiva, un favor para aprender a aplicar los conocimientos teóricos que tenían. Afortunadamente yo tuve un privilegio, pues al igual que otros compañeros aprendí algo de técnica quirúrgica, especialmente en la rama gastroenterológica, en los cursos que dictaba el notable cirujano español, Dr. Manuel Corachán García, en el Instituto de Cirugía Experimental; pero la técnica no es todo y puede más bien ser fatal si no se la aplica correctamente.

Fueron los cursos universitarios de postgrado los que iniciaron el gran adelanto de nuestra cirugía, ya no era una dádiva sino un derecho que obtenía el recién graduado para terminar una adecuada formación. Fue la escuela norteamericana, la cual

empezó a predominar a raíz del fin de la segunda guerra mundial, en 1945, el hada bienhechora que nos dió esta gran bondad, consolidando el esfuerzo de precursores que ya habían hecho algo al respecto.

Cuando me gradué, la cirugía atravesaba una época heroica, pero me decidí por ella porque yo pertenecía a una familia de cirujanos; dos hermanos: Alberto ya graduado, y Luis en formación; dos tíos, Francisco y José Izquierdo y dos cuñados: Luis Rodríguez Santana y Rafael Vetancourt Ravard, por eso me había dado cuenta de que si esa especialidad acarrea al profesional grandes sufrimientos en el fracaso, ellos eran inmensamente compensados por la alegría y satisfacción en el triunfo. La cirugía era heroica porque los métodos de diagnóstico no eran óptimos y el acto operatorio dependía del cirujano, a veces tenía que ser él hasta su propio instrumentista, toda la responsabilidad le incumbía. Por esa misma época se observaban correctamente las reglas de antisepsia y de asepsia, igualmente que los principios anatómicos y técnicos, pero a pesar de esto muchos casos se perdían por las infecciones pre y post operatorias; pero ¡oh milagroso hallazgo de Sir Alexander Fleming!, los antibióticos, la penicilina, que se podía conseguir en nuestro medio a partir de 1945, sustituyendo en gran escala a las sulfamidas de Gerhard Domagk; el descubrimiento de Fleming fue el ángel salvador que dividió la cirugía en dos etapas; la efigie de ese benefactor de la humanidad es digna de que figure en todos los altares de agradecimiento. Con los antibióticos se redujo notablemente la mortalidad quirúrgica.

Fue en ese mismo año de 1945 cuando se incrementó en gran escala el uso de la transfusión sanguínea, pues se incentivaron oficialmente los bancos de sangre, ellos aseguraron la distribución con regularidad de ese precioso medio que lleva la vida a todo el organismo; en los hospitales se crean “unidades”, en ellas se contempla el suministro del valioso líquido a los quirófanos; al poco tiempo se abusa de esta práctica, se le emplea en cirugía de poca monta y se utiliza muchas veces, sin razón, en las de categoría como preventiva de la hemorragia, nos sentíamos más seguros teniendo en nuestro lado un frasco con ese líquido intensamente rojo que fluía continuamente en las venas del paciente; pero esta costumbre se vió repentinamente limitada por ese flagelo inesperado: el “SIDA”, que apareció como un rayo en cielo sereno y que frenó reciamente esos excesos; otra circunstancia ocurrió también: una doctrina religiosa que se opuso rotundamente a

aceptar el líquido hemático basándose en un pasaje de la Biblia: Génesis 9:4; “Sólo que no comerás su carne con su vida, es decir, su sangre”.

Los médicos divinos, los anesthesiólogos consagrados se hicieron presentes en la sexta década de este siglo, a cien años de nuestros pioneros; los llamo divinos porque yugulan eficazmente el dolor, para que así podamos actuar a cabalidad los cirujanos. “Sedare dolorem opus divinum est” (sedar el dolor es obra divina) es un célebre aforismo y además la Biblia en el Génesis 2:21 refiere: “por lo tanto el señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño”; fue así que el Creador le extrajo una costilla para engendrar a Eva; gracias a esos virtuosos divinos de la medicina podemos realizar intervenciones de muchas horas, especialmente las cerebrales que ejecutan actualmente los neurocirujanos, consiguiendo brillantes resultados, sin la angustia de los tiempos del maestro León Mir, antes de ellos más que nunca eran indispensables en las paredes de los quirófanos el crucifijo y el reloj, aquél para acompañar a los creyentes y éste para recordar al cirujano que debía actuar con la mayor rapidez posible.

Fue la buena anestesia la que permitió aplicar cabalmente los principios fisiológicos en los actos quirúrgicos, así se lograron intervenciones con curaciones definitivas sorprendentes.

“El agua es lo mejor, substrato de la vida”, tal afirmaba Tales de Mileno, uno de los siete sabios de la antigua Grecia; por muchos tiempo sólo se tomaba en cuenta en la sangre, los componentes biológicos, los orgánicos y los factores de coagulación. Fue ya avanzada la quinta década de este siglo cuando los postulados de Tales comenzaron a tomarse seriamente en cuenta, pues nuestro cuerpo tiene aproximadamente el 70% de este substrato de la vida y el 30% restante de sustancias orgánicas y de minerales electrolitos; esto fue otra de las conquistas más notables de la cirugía moderna, es decir el balance químico del enfermo para que pudiera soportar la gran agresión que representan ciertas intervenciones quirúrgicas; desde el día que esto se hizo la cirugía subió en seguridad muchos escalones.

Los procedimientos físicos también vinieron en auxilio de la cirugía con notables innovaciones, las irradiaciones con radium casi han desaparecido, a partir de la sexta década se hacen presente la bomba de cobalto y el cesium 137; estos métodos combinados a la quimioterapia con sustancias anabolizantes han limitado notablemente las lesiones

neoplásicas y evitado esas grandes exéresis que acarreaban gran mortalidad. A la par que en la Universidad de Yale, en el Hospital Universitario de Caracas se está usando desde hace un año radioterapia conjuntamente con mitomicina C.

Los errores de diagnóstico prooperatorio disminuyeron notablemente cuando a la excelsa bondad de los rayos "X" que teníamos desde fines del siglo pasado, se unieron otros procedimientos muy efectivos como la tomografía (1977), el ecsonograma y la resonancia magnética; cada vez son menores esas operaciones exploratorias como la laparatomía que era como una caja de Pandora llena de sorpresas desagradables. Una frase muy patética resume la situación de una época superada en muchos centros quirúrgicos, esa sentencia es del célebre cirujano francés Jean Louis Faure quien terminaba así una de sus clases magistrales: "y que al fin del camino nuestras manos ensangrentadas de cirujano hayan hecho más bien que mal".

El hombre es un componente psico-bio-social, por eso hay que tratarlo integralmente. Hipócrates decía que nunca el paciente debía ser abandonado: "hay que curarlo, mejorarlo o consolarlo"; para esto último nadie más llamado que el psiquiatra, quien en sus grupos "Balint" que desde hace dos décadas se constituyen con el cirujano, trata psíquicamente al paciente y le reconforta cuando necesita la mutilación de un miembro o un procedimiento paliativo para mitigar su sufrimiento en la antesala terminal de la muerte.

Los progresos de la cirugía en las dos últimas décadas han sido vertiginosos. Los rayos láser hicieron su aparición en oftalmología, luego su uso se ha ido extendiendo a todas las regiones del organismo; igualmente se puede decir de la microcirugía, una de las primeras aplicaciones se hizo en timpanoplastia.

El comienzo de los trasplantes orgánicos lo viví muy cerca en el campo experimental y humano casi al mismo tiempo que en la "tierra del sol amada" se produjera ese espectacular impacto en 1967. Según la "Asociación Venezolana del Riñón y Trasplante de Organos", para el año de 1990 se habían realizado en Venezuela los siguientes trasplantes: riñón 1049, corazón 8, hígado 2, médula ósea 10. Intentos se han hecho en otros órganos como el páncreas y se trabaja en el trasplante paratiroideo. Se ha logrado mucho también en el aspecto inmunológico y en la lucha contra el rechazo, pero existen serias dificultades para conseguir donantes, incluídas las

córneas, y los fármacos tiene un elevado costo.

La fibra óptica hizo su aparición hace algunos años, gracias a ella los métodos incruentos se imponen cada vez más, la cirugía endoscópica cavitaria gana terreno día a día, primero se ligaron las trompas uterinas por laparoscopia, después se extrajeron la vesícula, el apéndice y el útero, luego por artroscopia los meniscos tibiales; las estenosis coronarias se dilatan por endoscopia. La resonancia extracorpórea ha pulverizado cálculos urinarios. El cirujano de ayer salía casi siempre del quirófano manchado de sangre y mientras más ensangrentado era testimonio de que su labor había sido más importante, en sus guantes enrojecidos traía el fruto de su trabajo, algo que había extirpado con su escalpelo, era como el torero diestro que recibe los apéndices del toro en premio por haber realizado una gran faena; hoy en cambio por pequeñísimas heridas se están haciendo grandes intervenciones endoscópicas, con una mínima agresión al organismo sin invadir mucho su economía.

Sería de mucho cansancio tratar de todos los factores recientes que han hecho adelantar el arte quirúrgico, nombraré muy a la ligera: la terapia intensiva, la biopsia y las exploraciones preoperatorias, la alimentación parenteral por la vena yugular y el empleo de instrumental automático de sutura. A la antigua pinza de von Petz siguieron otras como la de transección esofágica y las de estómago e intestino. Las pinzas vasosuturadoras rusas las empleamos experimentalmente y luego en el hombre en 1964.

La Sociedad Venezolana de Cirugía fundada el 21 de marzo de 1945, ha sido un factor decisivo en los avances del arte quirúrgico, con sus reuniones científicas, jornadas, congresos, comisiones y publicaciones; para su debido manejo existen secretarías como las de: doctrina, postgrado y especialidades. Yo me honro en pertenecer a ella, haber formado parte de su Junta Directiva y colaborado en su revista.

Las máquinas empleadas en cirugía se multiplican cada día para ayudar al trabajo del profesional. La revolución industrial del siglo XVIII alivió enormemente el trabajo del hombre por la producción barata masificada para que pudiera consumir en gran escala lo que antes era escaso y caro; esos artefactos guiados por bioingenieros permitieron derivar la sangre del cuerpo humano para intervenir dentro del corazón a partir de 1957, en nuestro medio. En la actualidad las máquinas han encarecido en gran escala el

ejercicio de la medicina, porque nos estamos dejando gobernar por ellas, es necesario más bien que nosotros las gobernemos, que nuestro cerebro que es la máquina más poderosa del universo, trabaje para que no se oxide como puede ocurrirle a ellas.

Se abusa de las máquinas; no se puede concebir que primero actúen ellas antes que el profesional; la primera relación del paciente debe ser con el médico; sería antiético que una simple secretaria ordenara antes, una serie de perfiles de laboratorio, exámenes tomográficos y otros por el estilo, para que después interviniera el médico; ¡que triste sería su papel! ¿no es acaso el ojo clínico el indicado para hacer una correcta indicación? y decidir luego de acuerdo a ese viejo principio que “en caso de haber una gran discrepancia entre los procedimientos auxiliares de diagnóstico y la clínica, esta última debe prevalecer sobre los primeros”. Si se hacen exploraciones mecánicas indiscriminadamente, muchas de ellas pueden ser innecesarias en desmedro del bolsillo del paciente que ya está exhausto por el alto coste de la atención médica y de las medicinas.

No es el objeto de este discurso enfocar la parte ética de la medicina actual, pero al paso que vamos en un país en que la clase media cada vez se hace más pobre debemos preguntarnos ¿para quién va a ser esta medicina?, ¿sería indiscutiblemente para la minoría de la población, perdería su tradicional carácter de universalidad! En un medio en que los servicios públicos y sociales no son óptimos, hay que buscar remedio a estos males con una honesta y eficiente administración pública y seguros privados accesibles que amparen cabalmente a todos los particulares como sucede en los países desarrollados; ambas cosas son muy difíciles de lograr en nuestro medio.

Los adelantos de la cirugía han hecho cambiar varios conceptos filosóficos que imperaban cuando me gradué. Cito el de notable profesor inglés Moynihan “para ser cirujano hay que tener ojos de águila, corazón de león y manos de artista”, cualidades solamente inherentes al varón; pero hoy en día hay notables mujeres cirujanas inclusive jefes de cátedras quirúrgicas que no tienen corazón de león sino más bien corazón de ángel; la época de tomar decisiones heroicas sin dilación como las toma todavía el rey de la selva ya ha pasado, actualmente los avances obtenidos permiten raciocinios muy mesurados sin la premura de antes, pues se cuenta con equipos humanos multidisciplinarios y aparatos de alta tecnología que ayudan a todo el proceso quirúrgico

y dividen la responsabilidad que antaño era únicamente de una sola persona.

Dieulafoy, notable profesor francés de Clínica Médica, manifestaba que si hubiese tenido un hijo inteligente le hubiese aconsejado que se dedicara a la medicina interna, si otro hubiese sido medianamente inteligente le hubiese aconsejado que se dedicara a cirujano y si un tercero hubiese sido poco inteligente le hubiese aconsejado que se dedicara a partero. En la actualidad ese concepto es inaceptable, el cirujano de hoy no es un simple operador, ni el partero un simple comadrón, pues los adelantos de la medicina los ha colocado en un nivel científico igual al internista, ellos tienen que ser verdaderos cirujanos u obstetras, con conocimientos óptimos como todos los profesionales de la medicina, pues hay que dominar muy variadas disciplinas como: biología, farmacología, genética, endoscopia, ecsonografía, etc, etc.

Distinguidos académicos.

Hoy adquiero gran responsabilidad con ustedes; me habeis oído jurar que cumpliré con la Academia; en este momento presente hay que prometer sin vacilación para ser recibido; es el futuro el que podrá atestiguar si ese juramento fue verdadero; ya he manifestado en otra ocasión que no deseo ser un individuo de número más, sino que quiero alinearme entre el número de los individuos que trabajan y propenden al enaltecimiento de esa docta institución; ustedes pueden suponer por mi comportamiento anterior si se puede esperar algo de mí, llegó el momento de demostrar la veracidad de mis intenciones, por eso pido a mis manes protectores que me concedan el tiempo y la oportunidad de servir.

Por el gran honor que hoy recibo, se me ocurren muchas fantasías, y me imagino que si pudiese ascender a las alturas del Olimpo, sería acogido venébolamente en el seno de Asclepios sentándome a su diestra acompañado de su pléyade de acólitos familiares: Macón, Podaleiros, Higeia y Panacea, pero estando actualmente en este recinto con los pies asentados en la tierra, es más propio considerar que con la alta distinción que recibo, me habéis completado la tercera y última condición que me faltaba para ser un hombre completo según un sabio proverbio árabe, pues ya había formado un hogar, ya había escrito un libro y hoy he sembrado un árbol.

Discurso pronunciado por el Dr. Abel Mejía, con motivo de la recepción del Dr. Francisco Plaza Izquierdo como individuo de número de la Academia Nacional de Medicina (Sillón V).

Señor presidente de la Academia Nacional de Medicina. Señores Académicos. Familiares del Dr. Francisco Plaza Izquierdo. Señoras. Señores.

Ante todo, felicito muy cordialmente al Dr. Francisco Plaza Izquierdo, mi muy estimado amigo y colega, por su Incorporación a la Academia Nacional de Medicina como Individuo de Número, para ocupar el Sillón V, vacante por el fallecimiento del muy recordado Dr. Oscar Beaujón. La figura del Dr. Francisco Plaza Izquierdo es relevante en la medicina venezolana contemporánea. Desde estudiante mostró inclinación por la cirugía; y la cirugía ha sido su principal actividad profesional en los campos de atención médica y la enseñanza de la especialidad. Durante el pregrado fue Externo e Interno por Concurso del Hospital Vargas; y también por concurso, preparador de Técnica Anatómica.

De 1940 a 1944, ya egresado de la Universidad, hizo un curso de perfeccionamiento en el Instituto de Cirugía Experimental; y ocupó el cargo de Auxiliar Docente en la Cátedra de Técnica Quirúrgica. Por rigurosos ascensos, fue profesor Agregado en la Cátedra antes nombrada de Técnica Quirúrgica; Profesor Asociado en la Cátedra de Terapéutica y Clínica Quirúrgica; para culminar como profesor Titular de la misma, desde 1959 a 1971, fechas en que fue jubilado por 31 años de servicios en la docencia universitaria. En este lapso fue también Director del Instituto de Cirugía Experimental; y una promoción de postgrado en Cirugía lleva su nombre; paralelamente, durante este tiempo y conforme al procedimiento establecido, fue Cirujano, primero del Hospital Vargas y después del Hospital Universitario. En relación a su labor docente hay algo importante que cabe destacar. Me refiero al curso de "Capacitación del Profesorado", que el Dr. Plaza Izquierdo siguió en la Escuela de Educación

de la Universidad Central durante cuatro años; y que pocos catedráticos cuentan entre sus credenciales.

El Dr. Plaza Izquierdo ha producido 33 trabajos sobre temas quirúrgicos, todos publicados en revistas científicas. En multigrafo y sobre la misma materia, la cirugía, ha publicado 67 trabajos. Ha escrito y publicado tres libros de su especialidad: Abordajes Quirúrgicos, Semiología Quirúrgica y Nociones de Terapéutica Quirúrgica.

Pertenece a varias asociaciones quirúrgicas, nacionales e internacionales: la Sociedad Venezolana de Cirugía, el Colegio Americano de Cirujanos, la Sociedad Internacional de Cirugía y otras. Con Beca de Profesor, en gira de observación y estudio, visitó durante un año, 15 Universidades e Institutos Médicos de Europa y Estados Unidos.

En cuanto a su labor privada es importante señalar que el Dr. Plaza Izquierdo fue fundador de la "Clínica Venezuela", siendo su primer director durante 37 años. También fundó la revista de la misma institución. En ejercicio de su profesión, asistencia médica pública y privada, ha practicado 4.360 operaciones quirúrgicas. Por su extensa labor en el campo de la Medicina ha recibido 38 diplomas de reconocimiento.

Además de la cirugía, el Dr. Plaza Izquierdo tiene una valiosa trayectoria como historiador de la Medicina. Entre los trabajos que al respecto ha publicado sobresalen los siguientes: Presidentes Médicos de América, Bosquejo patobiográfico del General Carlos Soublette, un libro sobre la "Cirugía privada en Caracas", un libro sobre la "Vida y obra del Dr. José Izquierdo"; Un libro en dos tomos (1317 páginas), titulado "Hospital Universitario de Caracas"; un libro sobre el "Hospital Vargas"; un libro sobre la "Medicina y Poesía".

Señores académicos. Tal ha sido, brevemente expuesta, la trayectoria profesional del Dr. Francisco Plaza Izquierdo, ya incorporado como Individuo de Número a la Academia Nacional de Medicina. Bienvenido a nuestra Institución.